

# Jorge Encinas Cladera

## Zapatos negros

Ya se había hecho tarde. Debía llegar cuanto antes a la boda. No tuvo tiempo para reparar detalles; y fue en la iglesia, donde se dio cuenta que calzaba el par nuevo de zapatos negros.

Era un modelo clásico, que ocasionalmente utilizaba; porque rara vez era invitado a un convite de jerarquía.

Lo que se celebraba constituía un verdadero acontecimiento. Era la boda de la hija de un potentado. Ellos suelen siempre magnificar cualquiera de sus hechos con gran pompa; es buena oportunidad para confirmar la clase de anfitriones que eran.

En los últimos días, no se hablaba de otra cosa, sino era de la tan mentada nupcia; aquello se comentaba en todos los salones, las confiterías de moda e incluso, en el único lenocinio del pueblo.

Mientras se realizaba la tan mayestática ceremonia, recordaba todo cuanto se había dicho. La novia era una casta doncella, de ilustre cuna, llena de encajes y títulos nobiliarios. La Naturaleza no la colmó de dotes de sílfide. Alguien murmuró que la núbil dama era el hombre más feo del lugar. Eso no tenía importancia, más eran la sangre azul, las cuentas bancarias y los títulos valores.

Cuando recordaba el árbol genealógico de la afortunada contrayente, los zapatos nuevos le apretaban en la punta. Creyó poder soportar ese suplicio; y distrajo su atención en la concurrencia y en el vestido de la novia. Era toda una Virgen colonial de estilo barroco mestizo.

Del que llegaría a ser el flamante esposo y futuro administrador de la fortuna, muy poco se sabía. Alguien rememoró el día en que arribó al poblado con una maleta de cuero guindo y un abrigo pasado de moda. Sin embargo, hábilmente había conquistado el corazón de una de las pocas vírgenes que quedaban en ese villorio.

Jamás le pareció tan larga la ceremonia, no sabía que le causaba mayor tedio, si las arengas del párroco o la terrible opresión de los negros calzados.

Con la bendición cural y una tormenta de arroz, que bañó a los nuevos cónyuges, concluyó el suplicio de los arrepentidos. Mientras sentía como se aprisionaban sus dedos de los pies, pensó que con todo ese cereal, que tal vez sería alimento para palomas, podía haberse paliado el hambre de algún pueblo del África.

En la recepción: que más que boda parecía la coronación de una emperatriz de oropel, aprovechó unos instantes para liberarse de su tormento. Lentamente fue quitándose aquel suplicio inquisitorio, de la manera más disimulada. Pero ese edénico momento se cortó precipitadamente, cuando por la puerta principal del salón, ingresaron los flamantes esposos.

Tuvo que pararse precipitadamente, por lo que el castigo volvió, con mayor fuerza. Esta vez se mantuvo de pie por más de veinte minutos, mientras se danzaban los valeses de rigor. Sentía como una sudoración fría le bañaba la frente, y a pesar de ello vinieron como acotación ocurrente, varios brindis.

- Los malditos zapatos - exclamó a media voz; mientras la dama que estaba cerca de él, no comprendió a su extraño vecino.

No le quedó más que sonreír cordialmente, mientras la opresión ya le llegaba a las canillas.

El momento final y de mayor dolor llegó, cuando una amiga antigua se le acercó y pidió que bailaran los ritmos que estaban en boga. Negarle era imposible, estuvieron en movimientos desenfrenados por un largo lapso de tiempo. Menos mal que la danzante se sintió cansada y se retiró por donde había venido.

No comió, ni bebió nada; sólo ansiaba salir de aquello; que era un verdadero calvario. Nada le causaba gracia, nada ya tenía beneplácito. Cuanto odiaba a sus opresores.

Felizmente, por fin, se sirvió el pastel de bodas y pronto los contrayentes se marcharon a una dulce y lasciva luna de miel, junto con ellos abandonó la fiesta. Sólo añoraba llegar a una movilidad para poder despojarse de los condenados zapatos negros.

Y pasó lo peor. Estuvo esperando por varias horas que llegara algún transporte. Y nunca hubieran pasado, pues se había decretado una huelga de conductores. No había forma de llegar, sino era sólo, caminando.

Lanzando los peores calificativos y las más atroces groserías, tuvo que marchar, paso a paso, hasta su casa.

Luego de largo peregrinaje, lleno de penurias y dolores; abrió la puerta de su hogar. Le sangraban los pies, lloraba disimuladamente. El alivio llegó pronto, pues estaba frente a su ropero, guardando sus zapatos negros.

Sonrió al fin. Pronto guardo los calzados, que estaban dispuestos a ser usados en la próxima gran festividad del pueblo, siempre y cuando sería invitado.



## Ausente

Jorge Encinas C.

Mis sábanas, aún húmedas;  
son testigos mudos de mi llanto.  
Guardan en sus pliegues tus secretos,  
y el ardor de las horas de pasión.

Mientras llueve, caen mis lágrimas;  
en la oscuridad de mi corazón.  
La sombra triste se esfuma en tu amor,  
continuo llorándote ausente.

Y deberías ser la cobija;  
que se arremolina en mi almohada,  
siendo la daga que ya me mata,  
siendo la muerte que no separa.

## Gaviota

Gaviota lejana,  
no dejes tu nido;  
cuenta tu pasado,  
despierta en rocío.

Cierra ya, tus alas,  
en tu inmenso sino.  
Reposa serena,  
como rosa oculta.

Fugaste en mi cielo,  
Detén tu camino,  
No estés tan lejana,  
gaviota de lirios.

## Muñeca dormida

Entre pena y llanto,  
tu sonrisa niña;  
con esos afeites,  
eres ninfa artista.

Piensa, Afrodita  
de vetustos días;  
por muy pocos pesos;  
caminas descalza.

Y en tu vieja esquina,  
con tu maquillaje,  
vendes tus caricias,  
muñeca dormida.